

LA APOTEOSIS DE UN CABALLO.

(1869.)

I.

Habíase verificado desde principios del siglo XVI la conquista de los más ricos y florecientes reinos del Nuevo Mundo. Por lo que toca á algunos pueblos inferiores y tribus miserables de indígenas, fueron pasados como desapercibidos en el torrente del entusiasmo bélico de aquellos años de descubrimiento, de aventuras y de conquistas, que hacían, como hoy se diría, el *furor* de los europeos.

Así fué como una microscópica monarquía, la del Peten-Itzá, situada entre la Península de Yucatan y el reino de Guatemala y que había sido en siglos atrás una colonia del imperio maya ó yucateco, se quedó por cerca de dos centurias libre de toda dominacion extraña, á pesar de haber atravesado por ella el mismo Hernan Cortés en persona, despues de la conquista de México, con una tropa de cuatro mil hombres.

No podía, sin embargo, permanecer por más tiempo un pueblo bárbaro y salvaje engastado entre Honduras, Guatemala, México y Yucatan, pueblos que, si bien con el carácter de colonias españolas, ya por esto mismo pertenecian á la civilizacion.

Cúpole en suerte á Yucatan la tarea y la gloria de conquistar para la fé y la civilizacion á los Itzáes y Lacandones hácia el fin del siglo XVII, siendo Gobernador y Capitan General

de la Península el Sr. D. Martín de Urzúa y Arismendi, Conde de Lizarraga, quien al frente de un pequeño cuerpo de escogidos y valerosos yucatecos y despues de los más grandes y heróicos esfuerzos, logró someter el territorio del Peten-Itzá, y aun abrió á gran costo un camino carretero que atravesaba desde esta Península hasta el reino de Guatemala, camino que hoy echamos de menos en el elenco de nuestros adelantos y mejoras materiales.

Cuando los yucatecos, pues, tomaron posesion de la tierra del Peten, llamóles la atencion entre un gran número de adoratorios y de ídolos de figuras las más caprichosas y grotescas, el templo erigido á un cuadrúpedo de especie no originaria de la América.

Este templo era el mayor y más suntuoso de los veintiuno más notables que decoraban la pequeña corte de *Can-Ek*, que este era el nombre del reyesuelo.

La forma del edificio era un cuadro perfecto, de sesenta piés de latitud cada uno de los lienzos de sus cuatro paredes y con una altura proporcionada. Vieron incrustado en la fachada, á manera de adorno conveniente, un idolillo de relieve tallado en esmeralda y que representaba al dios de las batallas. Ostentábase un poco más alta la figura de un sol radiante, formado el rostro de blanquísima pasta, tenía por dientes en la boca los que habían arrancado los indios á los españoles que habían conseguido matar de alguna manera en años anteriores, y por último, los rayos estaban formados con exquisito gusto de brillantísimo nácar.

En el interior de este templo se veía correr en contorno un hermoso pretil de piedra, ele-

vándose en la parte principal, y casi en medio, un altar de nueve gradas de piedra, delicadamente labradas, y sobre él la estatua del ídolo mayor de aquel pueblo.

¿Qué ídolo creéis que era este?

Era el de la estatua de un caballo, representado por cierto de la manera más perfecta en finísimo y delicado estuco.

En cuanto á su actitud, dice la historia que estaba como sentado sobre las ancas, encorvados los piés y levantado sobre las manos. Adorábanle aquellos bárbaros (añade) por dios de los truenos y rayos, llamándole *Tzimin-Chac*, que quiere decir "Caballo del Trueno." 1

¿Y cómo es esto, diréis, si el caballo era una especie desconocida para los indios americanos? ¿De dónde tomaron la idea para representarla bajo aquella forma, y cuál fué el motivo de su apoteosis?

¿Queréis saberlo? Pues vamos á satisfacer vuestra curiosidad, que al fin es de un suceso histórico, y además alguna útil moraleja desprenderá.

II.

Allá al principiar la época de las conquistas españolas (dos siglos ántes que los yucatecos llegasen á ser conquistadores del Peten), con la rapidez de movimientos propios del "Gran Capitan" con que llegó á distinguirse el famoso Hernan Cortés, abandona á Méjico cuando apenas acaba de conquistarla,

1 Lic. D. Juan de Villagutierre y Sotomayor. *Historia de la conquista y reduccion de el de Itzá, etc.* Lib. II, Cap. IV.

y atravesando caminos jamás transitados, echando puentes improvisados, así sobre abismos y pantanos, como sobre ríos nunca navegados, y trepando montes los más difíciles y riesgosos, se dirige á Honduras, venciendo todos los obstáculos y cual si fuese la encarnacion de uno de los héroes de la fábula antigua, para ir á castigar por sí la rebelion de un subalterno suyo.

Cuando en esta extraordinaria y admirable marcha pasó por el Peten, el noble caballo que montaba el héroe, hallábase en tal estado de enfermedad, que no era posible continuar con él.

Por aquel tiempo y en aquellas circunstancias, valía separadamente cada uno de los caballos más que el Potosí y el Perú, porque á pesar de su rica naturaleza, el Nuevo-Mundo no producía caballos, y éstos eran las piezas más importantes para la conquista de las naciones que poseian las minas americanas.

Y algunos indios, al ver por vez primera á los guerreros españoles montados sobre aquellos *grandes siervos* disparando los mortíferos fuegos de aquellas armas que producían una detonacion no oida por ellos sino en el espantoso fragor de las tempestades, tomaron al caballo y al caballero por un sólo sér, mitad hombre, mitad bruto, monstruo terrible; ó acaso, más bien que monstruo, una divinidad encarnada á un tiempo mismo en el hombre y en el bruto, y trayendo en sus manos los rayos del cielo.

"Os dejo mi caballo enfermo, dijo Hernan Cortés á Can-Ek, rey de Peten-Itzá; atendedle como á mi misma persona. Ved cómo recobra su salud, que pronto, á mi regreso por este país, me lo entregaréis sin excusa alguna."

Los súbditos de Can-Ek tomaron temblando á la béstia, que la tuvieron sin duda por una buena mitad de Hernan Cortés, y condujéronla al lugar más distinguido de la habitacion del rey.

Cortés siguió su marcha, y ya los itzáes no veían en su país más que dos personajes grandes y augustos, divinos; el Can-Ek y el caballo.

Extendieronle á éste por alfombra de sus cascós una magnífica estera tejida de brillantes y vistosas hojas de palmas, y despues de saludarle presentándole respetuosamente ramilletes de flores y sahumerios de perfumes, ofrecieronle esquisitos manjares y sazónados frutos, pavos y gallinas en roji-negro y excitante relleno de chile, tiernos pescados de los mejores de la Laguna, y en fin, gran variedad de potajes.

Dirigíanle á la vez los más atentos y más humildes discursos, creíanle, en una palabra, un sér de razon.

Pero nada: el buen animal no respondía palabra, no tomaba bocado alguno de aquellas comidas y ni apuraba una sola jicarilla de vino de *balché*.

El hambre, pues, y la debilidad iban consumiendo al caballo, más presto que la enfermedad de que adolecía.

Confundidos y desconsolados los indios, no sabían qué hacer.

Reunieron algunos pedazos de oro y plata, conchas preciosas, coral y piedras finas, y puesto todo en grandes cajetes de delicados esmaltes, presentáronselos al moribundo caballo.

Ni así: nada quería. Decididamente se resistía á comer y como que se empeñaba á morir.

Estiróse un tanto y espiró.

¡Oh catástrofe! Esta muerte era para el rey y su buen pueblo de una gran responsabilidad política. Era de triste y fatal agüero para aquellas gentes que eran directamente responsables *sin excusa alguna*, ante el invencible conquistador, ante el gran Hernan Cortés, que había subyugado el poderoso imperio de Moctezuma y que acababa de hacer ejecutar al príncipe *Guatimozin*, hallándose en camino para Honduras y precisamente poco ántes de entrar al Peten-Itzá.

¿Qué hacer, pues? Qué cuenta darle al *hijo del Sol*, al sagrado dueño del divino caballo que se había empeñado á morir á pesar de las súplicas y los ruegos que se le dirigían?

Reuniéronse los indios en extraordinaria asamblea, presididos de Can-Ek; y resolvieron, despues de un *largo y maduro debate*, como hoy se diría en una acta que extendiera cualquier notario, erigir una estatua al finado caballo y colocarla en un templo, á fin de que Hernan Cortés viendo, si regresaba, el culto que se le tributaba, creyese que había sido arrebatado al cielo, ó que aún cuando se persuadiera que había muerto, no atribuyese su pérdida á descuido de unas gentes que le habían querido y respetado hasta la adoracion. ¡Tan grande era el temor que los indios tenían al conquistador!

Ejecutóse el proyecto, dándose á la estatua el título del *dios del trueno*, y su culto se arraigó tanto, que en breve el nuevo ídolo fué el mayor que en aquel país se tuvo, siendo su templo el principal, como dos siglos despues tuvieron ocasion de ver los conquistadores yucatecos de que hemos hablado y que fué motivo de vuestra justa curiosidad.